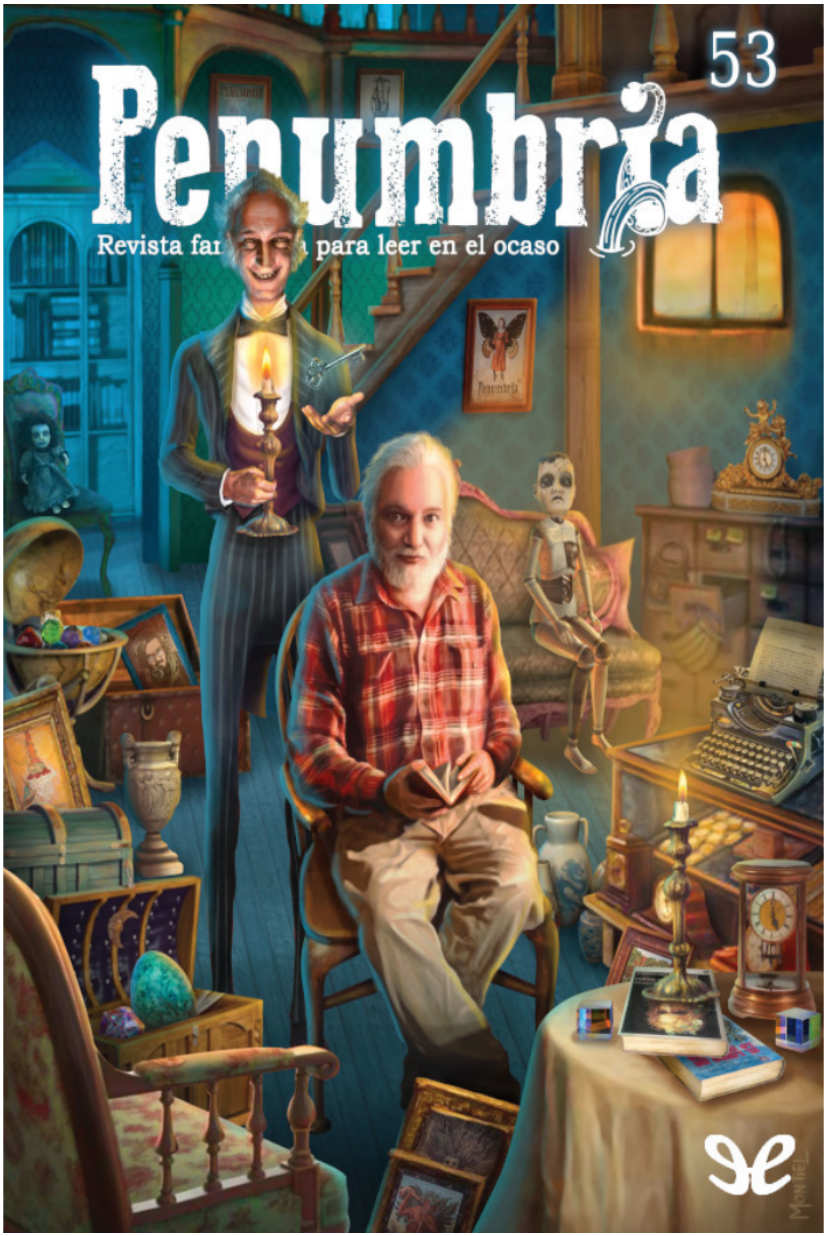
53
Penumbria
Revista far para leer en el ocaso

El número en esta ocasión es un homenaje a la vida y obra de Emiliano González: un «catálogo de objetos mágicos que pudieran encontrarse en la liberíntica Tienda de antigüedades del perverso Mefisto». Pedimos textos a escritores aficionados a la obra de Emiliano González. Los textos fueron llegando, desbordando imaginación y admiración en cada uno de sus caracteres.

Así, en la tienda de antigüedades del Perverso Mefisto encontrarás casi media centena de artilugios que seguramente también anhelarás.

No queda más que agradecer las muestras de cariño y prometer que seguiremos difundiendo la maravillosa obra de Emiliano González, el demiurgo de la ciudad del otoño perpetuo.

AA. VV.

Penumbria 53

Antología Revista Penumbria - 53

ePub r1.0
Titivillus 01.06.2023

Título original: *Penumbria 53*
AA. VV., 2021
Ilustración de cubierta: Luis Montiel

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

Esta obra está licenciada bajo Creative Commons Atribución-NoComercial-SinDerivadas 2.5 México (CC BY-NC-ND 2.5 MX)

https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/2.5/mx/

Torre de Johan Rudisbroeck

Con voz de pájaro nos pregunta qué puede hacer por nosotros y antes de que respondamos comienza a mostrarnos, como él dice, su «modesto repertorio de bizarrías».

Hace cinco años surgió la idea de esta antología: un catálogo de objetos mágicos que pudieran encontrarse en la liberíntica Tienda de antigüedades del perverso Mefisto. Pedimos textos a escritores aficionados a la obra de Emiliano González (la mayoría fueron recuperados y los encontrarás más adelante) y empezamos a jugar con las diferentes opciones de formatos: digital, impreso o un sitio web dedicado exclusivamente a albergar las historias de dichos objetos (confieso que ese sigue siendo mi sueño). Sin embargo, por razones que sigo sin comprender, el proyecto quedó archivado en alguno de los estantes de Mefisto.

Hasta ahora, que la partida anticipada de nuestro querido Emiliano me hizo pensar que sería un maravilloso homenaje.

Así que abrimos convocatoria, sabiendo que tal vez no encontraríamos la respuesta habitual. Para nuestra grata sorpresa, los textos fueron llegando, desbordando imaginación y admiración en cada uno de sus caracteres. Y la portada, obra del muy querido y talentoso Luis Montiel, nos hizo llorar de alegría.

Beatriz Álvarez Klein, compañera y cómplice de vida de Emiliano, me comentó que siempre había imaginado «una máscara de carnaval que roba el rostro y la identidad a quien la porta». El objeto no aparece en este catálogo (pues ya va rumbo a tu destino), pero sí encontrarás casi media centena de artilugios que seguramente también anhelarás.

(Por cierto, decidimos esta vez no incluir el lugar de origen de las y los autores porque a partir de hoy ya son habitantes de

Penumbria).

No me queda más que agradecer las muestras de cariño y prometer que seguiremos difundiendo la maravillosa obra de Emiliano González, el demiurgo de la ciudad del otoño perpetuo.

Miguel Lupián

TIENDA DE ANTIGÜEDADES DEL PERVERSO MEFISTO

Fibra roja

Lola Ancira

En el gabinete de curiosidades que hace las veces de refugio para los habitantes de la ciudad escondida, entre miles de objetos disímiles reunidos por su extravagancia, un pequeño estuche de plata resguarda tan sólo diez centímetros de un delgado y fino hilo rojo, mismo que descansa sobre una almohadilla de terciopelo negro.

Lo singular de esta hebra delicada y corta es que imita a la perfección las particularidades del intangible hilo rojo del que habla una leyenda de la antigua cultura china, aquel lazo irrompible y atemporal que mantiene unidas a dos personas a pesar de cualquier circunstancia. El color rojo, aunque es un símbolo de buena suerte, del amor y la pasión, lo es también del sacrificio, del peligro y de la cólera. Ya Kafka, en sus *Aforismos de Zürau*, habló de un artefacto con efectos muy similares: una extensa «cadena invisible» que pasa desapercibida y que concede un movimiento libre hasta que se supera el límite permitido dirigiéndose hacia el mismo rumbo, en cuyo caso se hace sentir repentinamente.

Este hilo debe ser cortado exactamente por la mitad con unas tijeras recién afiladas, y posteriormente atarse una sección al *digitus minimus manus* (vulgarmente conocido como «dedo meñique») de la mano derecha. Menos de cinco minutos después, el otro segmento debe atarse al meñique izquierdo de la persona con la que se desea iniciar y/o perpetuar un vínculo amoroso que quedará sellado de por vida.

La fibra será imperceptible, y obligará a sus portadores a reunirse irremediablemente. De ocurrir algún acontecimiento en

extremo enojoso o incómodo para el comprador, gracias a la conexión directa del dedo meñique con el corazón, el hilo puede obstruir totalmente y con facilidad la arteria coronaria de la persona escogida con sólo desearlo. No se corre ningún riesgo legal de condena por homicidio, pues la muerte suele atribuirse a la enfermedad arterial coronaria, un padecimiento cardiovascular muy común que suele culminar con un ataque cardiaco.

Este ardid perpetuo, digno del mejor prestidigitador, condena a una mujer, un hombre o cualquier ser vivo que tenga un dedo meñique, a la voluntad de quien lo ata, y en apariencia tendrá una vida sin inconvenientes.

Para librarse de la atadura, basta que cualquiera de los dos ampute su dedo. No existe aún otra manera de recuperar la autonomía.

La flauta de Machen

Miguel Lupián

Después de escuchar con atención cómo una de las hijas de Rudisbroeck le confesaba que había invocado por error a un vampiro de fuego, el señor M (como prefería que le llamaran) dejó su taza sobre el mostrador y tomó del anaquel de instrumentos musicales algo que a simple vista parecía una flauta común, de las que venden en los mercados de artesanías.

—En épocas pretéritas —explicó—, el dulce sonido de la flauta de Machen atraía a faunos, ninfas, hadas, gnomos y demás criaturas del bosque…

—Sí, sí —continuó al ver que la niña levantaba su brazo mecánico—, los vampiros de fuego no habitan los bosques, sino en otra dimensión, pero se ha comprobado que reaccionan igual…

—También necesitarás esto —prosiguió con su voz de pájaro—: la red de San Jorge, fabricada por él mismo a finales del siglo II para atrapar dragones…

—Seguramente te estás preguntando cómo algo tan suave y ligero podría contener a un dragón, mucho menos a una criatura interestelar explosiva —dijo esbozando esa perversa sonrisa con la que se ganó su apodo—, pero no lo entenderías a tu edad.

—Ahora escúchame bien —ordenó, viéndola fijo con sus ojos anteriormente amarillos—, en la flauta de Machen tocarás una secuencia de tres tonos enteros, conocido como tritono o intervalo del Diablo, y cuando el vampiro de fuego entre por la ventana de la torre, le lanzarás la red de San Jorge, procurando cubrirlo por completo, de lo contrario podrías ser calcinada al instante.

Mientras veía cómo la niña se encaminaba a la torre, el señor M

le dio un sorbo a la esencia de tiburón de Poltarness preguntándose qué le diría a Rudisbroeck si su plan fallaba.

Visió de la son

Iliana Vargas

Dicen que antes de partir hacia el sur, Micaela La Gitanilla tomó un puñado de la tierra donde había ido acumulando los restos de su caravana: madre, padre, tías, hermanos y mascotas por igual. Con esa tierra y un poco de raíces y barro del pantanal hizo una pasta que amasó varias noches a la orilla del río, repitiendo cuatro palabras que la mantenían en trance hasta que la luz del sol le acariciaba los labios. Cuando la masa tuvo la consistencia necesaria, Micaela La Gitanilla se acomodó a lado de una fogata en medio de su jardín y empezó a moldear una esfera. Esta vez debía mantenerse muy lúcida y consciente de lo que escuchaba alrededor, escarbando en lo más profundo de sí para elegir la parte de carne, vísceras y fluidos que no necesitaría en su nuevo viaje. Su mente fue juntando esa materia en una bolita idéntica a la que moldeaba con sus manos hasta que el fuego se acercó a su oído para decirle *Basta. Ahora*. Entonces Micaela La Gitanilla tomó una fina rama curveada que había preparado para este momento y la usó como palanca para extraer su ojo izquierdo mientras gritaba con todas las voces del bosque y de la noche la frase que le ayudaría a adquirir la cualidad de ver, al mismo tiempo, el camino real y el camino del sueño. El ritual culminó al colocarse la esfera grisácea en la cavidad aún sangrante, pero limpia, de su nuevo rostro.

Dicen que a partir de ese momento Micaela La Gitanilla fue capaz de entrar y salir de todas las dimensiones que se le aparecían en sueños, pero fue perdiendo otras partes de su cuerpo en cada trayecto, hasta que no quedó más que el legendario ojo que, no se sabe cómo, llegó a manos del perverso Mefisto.

Vestigio del gigante de La Rumorosa

Néstor Robles

Ah, la venganza: ese viejo platillo. Entre las curiosidades que te pueden servir para saciarla, encontrarás una en particular. Reposa en un baúl bajo llave, alejado de la luz solar. Es un pedazo de roca, no cualquiera: esta fue extirpada del vientre del gigante que habitaba la carretera Tecate-Mexicali, en aquella dimensión que llaman la Baja California, ahora un escenario sin transitar debido a la brutal batalla que desató.

La historia de este titán se remonta a los tiempos en los que apenas comenzaba la civilización a esparcirse por el planeta. Familiar lejano de los nefilim y los troles, este ser exiliado logró adaptarse a los rayos del sol que, en vez de tener los efectos de petrificación total, le ayudaron a crecer más, logrando dominar el desértico paisaje en donde fue vencido.

Si de verdad es retribución lo que buscas, debes intentar extirparle un granito de tierra de la roca. Luego logra que tu enemigo se lo trague y presto: boom. Así, sin rastro: combustión instantánea.

Debo advertirte que de vez en vez retumba, pidiendo auxilio. Quiere tomar el aire, necesita el sol. Eso, querido comprador, es lo que menos debes proveerle: un soplo de vida. No lo queremos haciendo de las suyas otra vez, ¿o sí?

Este pedazo de roca puede ser tuyo a cambio de tu nombre. Nada más. Nada menos. Jamás podrás ser denominado otra vez, sólo señalado. Acepta. Da clic.

Guardapolvos para los recuerdos

Adrián «Pok» Manero

La última vez que visité Penumbria, fui a la tienda de antigüedades del perverso Mefisto. Hay que tener cuidado al comprarle algo al anfitrión, pues las curiosidades que ahí vende suelen ser tan peligrosas como bellas. Vi algunos objetos que me llamaron la atención, como un sillón hecho de monedas que se veía bastante incómodo. Mefisto me dijo que perteneció al hombre más rico de Penumbria y que quien se sienta en él tiene la sensación de un poder ilimitado. Interesante, pero la búsqueda de poder no es lo mío. Entre las especias encontré un condimento en polvo, supuestamente hecho a base de las lágrimas de la última salamandra alada. Lo probé y me supo a sal, pero el mercader de objetos raros me dijo que cuando lo usa un expatriado otorga a la comida el sabor del platillo que más extraña de su nación. Había una caja de caramelos hechos de gratitud que me ofreció probar, pero no me sentí digno de ellos.

Fue entonces que vi un librero alto y estrecho, de ocho repisas, repleto de tomos. Éstos se veían bastante usados, con la dignidad de aquellos libros que son leídos una y mil veces, atesorados por sus dueños y poseedores de hermosas historias. Cuando le pregunté al patrón del establecimiento, me dijo que todas las páginas de todos esos volúmenes estaban en blanco, pero de igual forma me invitó a hojear uno de ellos. Al ir pasando las páginas con mis dedos, vino a mi mente un recuerdo: me vi cruzando un puente, corriendo, dejando atrás los sonidos de balas y explosiones. Volteé y vi por última vez lo que había sido mi pueblo natal, ahora en ruinas, sabiendo que nunca podría volver. Cerré el libro al borde del llanto,

pero de inmediato recapacité y caí en la cuenta de que nunca había visto ese pueblo, es más, nunca he vivido una guerra. Intrigado, tomé el siguiente libro en la repisa y pasé rápidamente sus hojas. Vino a mi mente una ráfaga de imágenes: una tierra del Norte cubierta por nieve, un niño ahogado, mi hijo, el rostro de una mujer llorando reflejado en el agua helada, mi reflejo. Ahogando el llanto, solté el libro, pero éste no cayó al piso sino que se quedó suspendido en el aire y, lentamente, volvió levitando a su lugar. Mefisto me explicó que, al pasar las páginas de estos tomos, uno puede experimentar los recuerdos más melancólicos de las otras personas que los han tenido entre sus manos. Eso era para los compendios en esa repisa, pero en otra se resguardaban los recuerdos más aterradores; en otra, los más entrañables; en otra más, memorias divertidas. Pero él no me diría cuál repisa contenía qué cosa. Tampoco me dijo qué tipo de recuerdos había en las otras cuatro repisas. Tentado por la curiosidad, pero aterrado por las posibilidades, preferí no llevarlo conmigo.

Como siempre que visito su tienda, salí sin llevar nada más que las experiencias peculiares ahí vividas. Aunque apenas pasé un par de horas ahí metido, sentí que fueron varios meses. Mientras me acercaba a la cortina de zarzas, después de haber cruzado el empalme de los gnomos en mi camino de vuelta a casa, me disponía a cruzar el pantano verdinegro cuando me pregunté: ¿Qué memorias mías verán las próximas personas que tomen esos preciados textos sin palabras?

Alquimia

Ana Gabriela Morales Ríos

…pues el viaje sagrado
al jardín misterioso
fue emprendido por alguien
que al soñar no dormía.

Delmira, Emiliano González

No hace mucho que regresó de la ciudad del otoño perpetuo cargando un secreto. Nunca tuvo tierra que abrazara sus raíces hasta que recibió aquello que el perverso Mefisto le intercambió por dos de sus sombreros de aluminio, protectores de los ladrones del pensamiento.

Chelita SuéterDeColores (su nombre real, no el impuesto) se dedicó entonces a recolectar los cubre-bocas desechados y los guardaba con celo entre las envolturas brillantes y las latas que colgaban de sus harapos. «Todos son muñecos de ventrílocuos. Desde antes de la pandemia alguien más habla por ellos», se decía mientras los veía caminar vacíos y mudos parlantes.

Chelita SúeterDeColores (su nombre, no 10-96 como la llamaban los policías cuando la querían encarcelar) esculpió cada cubre-bocas dándoles la forma correcta: labios de sus dueños que ahora le pertenecían. El proceso para darle vida a la materia inerte era sencillo: una oportunidad-cinco de la tarde-agua del pantano verdinegro + diez gotas de Zu.

Es casi la hora. Las bocas están dispersas por toda la casita de muros desmoronados y pisos agrietados y en pocos minutos tendrán un sentido amoroso, ya no de burla o conmiseración. Podrán

saludarla a su regreso, se restregará en ellas mientras besan su cuerpo dolido y pregonarán su nombre, no loca, como le decían aquellas caras sin labios murmurando a su paso.

Nephesh

Daniel SanMateo

Llegué a la ciudad del otoño perpetuo en busca del objeto que había anhelado desde siempre. Alguien, tras copas de aguardiente cargadas a mi cuenta, había jurado que lo encontraría en la Tienda de Mefisto.

El trayecto hacia la ciudad del oeste era extenuante, pero estaba dispuesto a ir al fin del mundo.

Me recibió Mefisto en persona.

—Sé por lo que vino —dijo.

La tienda era oscura y reverberaba la luz de viejas velas.

—Desde siempre la he guardado para usted, venga conmigo.

Bajamos al sótano y me dirigió hacia una estantería del fondo. Ahí, la caja de cristal brillaba con luz propia. Intenté tomarla sin demora, pero Mefisto intuyó mi acción y la tomó primero.

—Le costará.

—¿Qué desea?

—El cielo —respondió.

—Ni a mí me lo daría —dije.

Mefisto miró la cajita y una lágrima le escurrió por la mejilla.

—Esta condena es suya solamente y ese es mi precio.

Supe que no tendría opción. Mi mente acudió a la mente del creador en el acto y supliqué por mi antiguo lugarteniente. Si Abraham había apelado por un justo para evitar la destrucción de Sodoma, a mí, el primero, el más bello de todos, con seguridad me concedería el perdón de un ser angelical.

Asentí y el rostro de Mefisto se transfiguró con la paz de los indultados.

Recuperaría mi alma contenida en la cajita y sellaría mi destino como rey del más pútrido infierno para la toda la eternidad.

Declaración de amor a Dorian

Yanzey Morales

Te amo desde el día en que conocí tu desfachatez y desvergüenza. Apruebo tu conducta porque reconozco mis deseos en los tuyos. En mi «sensatez» me siento hipócrita, agradando a las personas de buenas costumbres y sintiendo una inevitable atracción por tus pecados y vicios. En tu elegancia arrastras desvergüenza, impudicia. Aún así, mi alma seguirá tus pasos aunque yo sea como el retrato que se empaña y marchita mientras tú rejuveneces. Esta atracción es violenta, impetuosa e inevitable: todo el oprobio que busco y que no he vivido está en ti. Te deseo felicidad donde quiera que te encuentres, no puedo desearte bienestar después de la vida que has tenido. Estoy segura que nadie jamás te ha amado de un modo tan enfermo como yo, admirada de tu inmundicia. Lamento decirte que tendrás que conformarte con mi amor. Acudí a buscarte cuando tu vida terminó, nada se supo de tus despojos. Recuperé la foto con tu bella imagen de Adonis, la que hizo que mi amor se pervitiera y aferrara aún más. Te resguarda Mefisto en el umbral de lo malo y lo terrible, pues en el extremo que da a la gloria tú no tienes cabida. Le he comprado un reloj. En poco tiempo tú y yo estareos juntos en el infierno.

Salta, salta

Rodrigo Ayala

Para Emiliano González

Walter es hechicero y nigromante. También aborrece a los niños. Un día, fabrica una cuerda de saltar con pelo de caballo, piel de trompa de elefante y unos toques de magia negra. El nigromante se detiene en el primer pueblo que encuentra y ofrece la cuerda a una niña solitaria que juega al lado de un riachuelo. La pequeña acepta el regalo y comienza a saltar alegre con el juguete.

Mientras tanto, Walter susurra por lo bajo: «Salta, salta…»

El cuerpo de la niña comienza a desintegrarse de abajo hacia arriba. Al mismo tiempo, horribles dolores envuelven su delicado cuerpo. Grita enloquecida por la tortura y el miedo, pero no puede soltar la cuerda ni evitar su movimiento. Ésta se clava en sus manos, como una garra maligna, a causa de una extraña y antigua magia.

Tras minutos de agonía, no queda rastro de la niña, a excepción de sus ojos y su lengua, que caen en la hierba junto con la cuerda. Walter devora los restos y prosigue su viaje a otros sitios donde aplica el mismo castigo a niños solitarios y abandonados que encuentra a su paso.

Una tarde es atrapado por una turba de padres en la ciudad de Penumbria y quemado vivo. Horas después, Mefisto, el perverso anticuario de la ciudad, husmea entre los restos de Walter, incluyendo sus mágicas pertenencias, entre las cuales se encuentra la cuerda de saltar. Mefisto siempre ha sabido reconocer un artículo apropiado para venderlo en su extraña tienda de antigüedades.

Caja de música

Edna Montes

Admire la belleza de esta caja de música, sienta la finura de la caoba y su aroma sutil que no se ha perdido a pesar de los años. Maravíllese con los finos acabados tallados en la madera, con sus bellas enredaderas y flores. Note las encantadoras zapatillas de ballet rojas, pintadas a mano en la tapa. Si nota que alguna de las aplicaciones laterales de concha nácar se ha perdido con el paso del tiempo, no caiga en la falsa impresión de que eso le resta valor al tesoro.

Manufacturada en Estrasburgo, Francia, a principios de S. XIX, esta rara maravilla, cuyo mecanismo se conserva a la perfección, toca una melodía distinta para cada persona. Será una gran adición a sus fiestas y reuniones, puede preguntar a sus amigos qué tonada brota de este ingenioso artefacto (si es que consigue que dejen de bailar frenéticamente antes de caer muertos de agotamiento).

El espejo de las verdades

Andrés Galindo

En una mohosa pared olvidada de la tienda de antigüedades del perverso Mefisto cuelga un marco que contiene las aguas de un cristalino y mágico lago. En él se refleja lo contrario de lo que se ve en este lado de la realidad. Si aquí es de día, el lago presentará la noche; de noche, cualquiera que escudriñe la oscuridad verá clarear el alba. En primavera se reflejan las hojas muertas de los árboles; en invierno florecen y se iluminan con múltiples colores los arbustos, salvo la eterna zarza ardiente.

Cuentan las leyendas antiguas que también se pueden mirar el corazón y las emociones de los hombres. Un anciano triste y cansado podrá tocar sus recuerdos de juventud. Una joven hermosa envejecerá con las suaves olas que produce el viento sobre las tersas aguas.

Aunque todo mundo conoce el lugar exacto en que se encuentra tal prodigio de la naturaleza, es verdad que ahora son pocos los que se han atrevido a visitarlo; el alma humana es misteriosa y complicada. Hay en el mundo personas sanas que, aliviadas, encuentran en su reflejo enfermedad y agonía. Nunca falta, desde luego, el iluso que, estando enfermo, se cree sano. Tal crédulo encontrará sanidad en las aguas mansas (aunque también conocerá su verdadera naturaleza).

Antes, yo, creyéndome sano, realmente estaba enfermo. ¿Cómo será el caso de aquellas personas que se creen buenas y puras de corazón?

La esfinge de cabezas infinitas

Alejandra Gámez

Encontrada por una expedición en una fría montaña de la Antártida, confundida en un inicio con un pequeño zorro del ártico debido a su tamaño, la esfinge de cabezas infinitas posee un pelaje casi por completo blanco, y en su estado adulto es más chica que un gato. La maravilla de esta criatura es que no pregunta enigmas, sino que revela las realidades del futuro de su propietario y del mundo que lo rodea. ¡Ah, pero no es tan fácil! La esfinge tiene una cabeza por cada universo, y estará revelando la fortuna de cada una de esas realidades. Para poder llegar a lo que le interesa al dueño, éste debe arrancar la cabeza de la criatura, ya que la siguiente que emerja de su cuerpo revelará el futuro de una realidad distinta, hasta dar con la suya.

Cuentan que muchos de sus dueños han muerto antes de poder llegar a conocer lo que más desean o completamente consumidos por conocer el destino de tantos mundos y de tantas de sus posibles vidas.

Ravlá, el rinoceronte de trapo

Gamaliel Flores

Su sino, desde que fue tejido con lana negra de ovejas chuecas, fue recorrer las casa de los que no dan frutos, fue acompañar la senda de los que siempre esperan. Quien lo viera trasgo, pero adorable, no sabría que sólo con su presencia ha logrado enloquecer esposas, suicidar maridos, enturbiar las aguas de amor brillante en sedimento negro rodeador de peces-tedio y algas-desaire, desaparecer los fetos bajo los vientres, calcinar las colas a los espermas, unir calvicies y estrías en danza abyecta. Su terror nació en salones grandes y terminó en bazares de segunda mano. Sus pezuñas rotas han trotado por los antes bosques, previos ríos, por los valles ahora llanos. Sus cuernos han reposado en senos vacíos, con los castrados, entre las sábanas frías de los cuneros que han cargado el sueño-apnea, sueño-tirano. Espera, cerca del enebro torcido de la tienda de Mefisto, la llegada del siguiente dúo baldío, de la siguiente semilla infecta. Paciente y gris como la lluvia infame que golpea el escaparate, sonríe y sabe que su reino será, seguro, el último de la tierra y sus ojos de obsidiana, los últimos en otear el majestuoso y circular sepulcro en sus nefastas y azules vueltas.

Segundas oportunidades

Armiche López Herrera

Su dedo tembloroso rotaba el marcador. Uno. Tres. Se sintió como la pesada aguja de hora que intenta correr tras el minutero pero no lo alcanza. De no haber sido por aquel hipnótico lugar llamado Penumbria, hubiera vuelto a tiempo de su expedición en busca de la cura. Se maldijo. Cero. Nueve. El otoño se presentó más frío de lo normal aquel año, algo que no ayudó a la afección de su mujer. Se acercó el auricular de aquel viejo artefacto que había adquirido en la tienda de antigüedades de Mefisto y ahora, apretando fuerte los labios, deseaba que aquella fantástica historia que le contara su vendedor fuera cierta. «Marque la fecha pasada que desee y tendrá una segunda oportunidad, pero nunca más podrá volverlo a usar». Uno. Nueve. Esperó con paciencia que el marcador retrocediera con parsimonia al inicio y marcó los dos últimos números. Y se desvaneció. Despertó junto a su esposa en una calurosa mañana de finales del verano, la cual aún no había comenzado a evidenciar su enfermedad, y tras besarla con ternura, se despidió. No explicó a nadie a dónde iba. Le quedaba un largo camino que recorrer si quería bordear aquella extraña ciudad situada al Oeste. El teléfono de vela también había desaparecido, se preguntó si se encontraría nuevamente en la tienda de aquel embaucador. Aunque eso daba igual: esta vez no pensaba cometer el error de dejarse embelesar por sus mágicas extrañezas y regresaría a tiempo con la cura.

El ahijado

Luis Ignacio Muñoz

En aquel entonces, el billete de mayor denominación era el de quinientos pesos. Por eso el hombre escogió uno de los tres que le dieron ese sábado como pago por la semana laboral. Era el más nuevo y en la tarde lo llevó a bautizar a la tienda de Mefisto. Desde ese momento el billete pasó a ser su ahijado y así tenía que llamarlo cada vez que pagara a una cuenta y así verlo regresar a sus bolsillos. El ahijado volvía de forma eficiente incluso horas después, cuando dejaba pasar un largo rato para no despertar la mínima sospecha.

Así, de ser un modesto jornalero pasó a ser dueño de casas y tierras, vacas y cultivos hasta ser un hombre respetado y admirado en varios pueblos. Los años habían hecho mella en su fisonomía y la avaricia en su carácter siempre amable y conversador.

Recordó el trato y cayó en cuenta que esas deudas tarde o temprano se pagan, y aunque dejaba de usar el billete manteniéndolo guardado en la casa, por razones extrañas se le aparecía en sus bolsillos mientras el otro dinero ya no estaba con él.

La siguiente vez que le dijo «vamos, ahijado», oyó la respuesta que tanto temía: «está bien, padrino, pero esta vez yo mando», mientras el hombre desaparecía arrastrado por un extraño que llevaba vestimentas negras. El billete cayó al piso retorciéndose como una serpiente hasta desaparecer convertido en una especie de ceniza.

El diapasón de Locrian

Ramón Alanís

Mefisto nos cuenta cómo un viejo músico ideó un complejo mecanismo de reflejo inverso a la refracción de ondas y lo aplicó a este diapasón, con el que pretendía cancelar el perenne plañido de aquella última campanada que continúa permeando la ciudad, y así alcanzar en una breve paz silente un refugio de aquel murmullo amarillo. En vez de eso, los armónicos producidos por el diapasón cancelan todo el sonido alrededor de su portador, rodeándolo con una sordera casi absoluta por varios minutos, esto aunque el diapasón haya cesado de vibrar. De acuerdo con quienes lo han usado dentro de la tienda, el silencio no es total: la ausencia de los sonidos cotidianos da pie a un leve pero incesante ruido mecánico similar al de engranajes en una fábrica —o quizás en un reloj o una cajita musical— acompañado de una cefalea o un malestar intestinal; el ruido parecía emanar de ellos mismos, y sentían que entender la naturaleza de éste resultaría en una mala noticia o una revelación atroz, por lo que su alivio los conmovió sobremanera al recuperar el oído y sentir cómo el plañido de la campana volvía a asfixiarlo. Por supuesto, ninguno de ellos compró el diapasón.

Al preguntarle a Mefisto por la naturaleza u origen de aquel misterioso ruido o su significado, él simplemente nos mira con ojos que por un instante parecen volverse azules y, sonriendo, guía nuestra atención hacia otro objeto aún más insólito.

Una película en blanco

Gael Montiel

Consciente de que nada es tan entretenido como especular con la propia vida, un joven desilusionado inventó un cinematógrafo que hoy acumula polvo en una estantería de la tienda de antigüedades de Mefisto. En apariencia, el aparato no tiene nada en especial: es una imitación del modelo de los Lumière y tiene enganchada en su interior una película en blanco. Pero la cinta provocó una adicción insomne en el inventor y en las personas que la poseyeron después de él. Todas alcanzaron pronto un estado de trance y se olvidaron de comer y beber y murieron consumidas por las imágenes en cosa de semanas. Y es que, al operar la manivela y encender el aparato, éste proyecta una sucesión de posibilidades vedadas al espectador por las decisiones que tomó en su vida: se ve a sí mismo experimentando el éxito que no llegó por una oportunidad desairada, el accidente mortal que alcanzó a librar gracias a un traspié en la calle, el encuentro romántico perdido por culpa de un tren impuntual… Los hubieras son tantos que incluyen, por ejemplo, la vida que se perdió por haber encendido el cinematógrafo.

Gafas de Santa Vizcaína De Tormes, patrona de los distraídos, señora de lo por venir, madre de lo sucedido, ruega por nosotros

Nelly Geraldine García-Rosas

Se sabe que las gafas de Santa Vizcaína de Tormes permitían al portador ver con un ojo el futuro y, con el otro, el pasado. Aunque se desconoce exactamente qué ojo percibía qué tiempo, las narraciones cuentan que si uno se miraba en un espejo con las gafas puestas y los ojos bien abiertos se lograba ver, por una fracción de segundo, un cruce de caminos en Derbyshire.

Las hermanas Lisa y María Cheng, además de tres vertebras y el hígado, compartían un par de gafas con armazón de carey (que después se supo, eran las de Santa Vizcaína). Un miércoles por la tarde, cuando las hermanas iban camino a la casa de un cliente, María vio el tren llegando a la estación, un hombre encorvado cargaba una jaula que contenía un cuerpecito monstruoso con dos cabezas, cuatro piernas y cuatro brazos. Lisa, en cambio, observó un paisaje sepia plagado de rocas: lo que parecía una olla metálica caía rápidamente del cielo jalando con largos hilos las enaguas de una señorita.

Los invitados de una fiesta en la residencia de S. M., el rey de Tavolara, se divertían jugando con un ciego de nacimiento que encontraron mendigando por las calles del reino. Alguien dibujó ojos en las gafas (las de la Santa) que encontró dentro de un viejo baúl y se las puso al mendigo. Después de dar un grito estremecedor, el ciego contó haber visto el momento en que Lucifer

entraba a los infiernos y cómo una bestia resplandeciente pisoteaba las gafas sagradas con sus patas negras como la pez.

Se conoce, sin muchos detalles, sobre otros poseedores de las gafas. La maestra de biología que presenció el martirio de la Santa, el bailarín de flamenco que vaticinó la rebelión de las máquinas, los pescadores que observaron los lentes hecho añicos, la niña que vio la nada que es como quedarse ciego, el médico que se vio mirándose.

Actualmente las gafas, ya sin lentes, descansan en un estuche negro con interior de terciopelo rojo. Nadie, en todo el mundo, ha vuelto a ver aquel cruce de caminos en Derbyshire.

Mapa a Lago Frágil

Guillermo Verduzco

En primer lugar, se ha escrito que la única forma de saber sobre Lago Frágil es cuando Lago Frágil requiere más habitantes. La manifestación de este deseo, una suerte de teofanía, usualmente se presenta bajo la forma de un mapa muy viejo, con los caracteres que nombran lugares transparentados hasta el punto de la ilegibilidad y las líneas coloreadas que designan las fronteras casi borradas, inexistentes.

El nombre Lago Frágil aparece (aunque no siempre) cerca de la línea que en el mapa divide los trazos representando mar y cielo, un poco hacia lo que debería ser la izquierda, pero que a veces es la derecha. Al sostener el mapa esto debería ser más claro. La caligrafía es hermosa, pero si se la mira por mucho tiempo, las letras empiezan a vibrar levemente, a oscurecerse, a hundirse entre los pliegues del pergamino; mirarlas directamente durante mucho tiempo lastima los ojos. La manera más aceptada para consultar el mapa a Lago Frágil sin generar efectos secundarios a largo plazo es en condiciones de iluminación baja, preferentemente después de un periodo prolongado de insomnio (justo cuando figuras negras e inmóviles comienzan a acechar en los límites del campo visual) y en perfecta soledad.

La tradición sostiene que son necesarios «diez pasos» para llegar a Lago Frágil. Continúa siendo un misterio a qué tradición se refieren los que afirman esto, pues la localización de Lago Frágil y toda la información relacionada con él es secreta y guardada celosamente por aquellos que logran entrever alguna parte de ella. (Los que afirman haberse topado con el nombre Lago Frágil por

casualidad mienten: en Lago Frágil no existe el azar). Se desconoce también la naturaleza exacta de estos pasos a seguir.

Se ha dicho que el mapa a Lago Frágil desaparece una vez que se ha leído, cuando el lector ha comenzado su búsqueda. No todos logran llegar a Lago Frágil; los manicomios están llenos de estas pobres almas, enloquecidas de desesperación. De los que logran llegar, nada se sabe: nadie regresa de Lago Frágil.

La caja de los vientos

Ian Colín Roditi

Se dice que en todos los tiempos, en todas las variantes de esta realidad, hay una caja de madera con ramas talladas y una rosa de los vientos pintada con prisa en la tapa superior. Se dice también que, a diferencia de todos nosotros y nuestros otros yos, todas esas cajas son una misma.

Es muy posible que tu encuentro con dicha caja sea cuando tengas un deseo tan grande y tan pesado que necesites un lugar donde guardarlo para no cargar con él. También es muy probable que no sepas que dentro de ella está la vida y la soledad del gran bosque de la ciudad de Allá Lejos.

Aunque ha pasado por muchas manos, muchas desgracias y más de un par de maldiciones, el destino de aquella caja era traer la felicidad de un par de personas solitarias; hacernos recordar que no importa donde estés, aquí no estamos solos.

Al entregarlas me quedé hueco

Karla Barajas

Me aconsejaron vender un recuerdo familiar en la Tienda de antigüedades del perverso Mefisto. Eran las cinco de la tarde cuando llegué a su propiedad y ofrecí la muñeca rusa. Me dijo que no tenía valor. «¿Está seguro?», alegué.

Señalé la cara del juguete: «Es el rostro de mi madre, dentro están el de mi esposa y el de mi hija», le dije al indiferente y seguí intentando convencerlo. «La matrioska es un conjunto de muñecas tradicionales, alojan a su descendencia en su cuerpo hueco. En eso, esta pieza es parecida a otras. Puede encontrar a miembros de mi familia pintados en el juguete y no sería extraño. Sin embargo, aparecieron después de su muerte. Las muñecas con más piezas interiores, que se conocían, poseen una centena de unidades. Ésta guarda piezas de manera infinita y quien abre la primera debe hacerlo hasta su final; es decir, hasta su muerte».

Mefisto ni si quiera veía el objeto, así que grité:

«¡Una vez que aparta la primera, no puede dejar de hacerlo con el resto o muere como mi hija mayor! Nadie lo puede ayudar o ambos fallecen en el intento, como mi esposa. ¿Cree que miento? Intente abrir hasta la última de las muñecas, pero al hacerlo estará condenado».

Mefisto obsequió la muñeca a un visitante y me dijo que volviera en una semana por el dinero o el producto. Regresé y me mostró la muñeca: ahora tenía la cara del visitante. Me pagó bien.

El tesoro sin historia

Román Sanz Mouta

¿Mefisto es hombre, mujer o demonio engatusador?

No puedes evitar preguntártelo cada vez que sales de su bazar con la mente llena de fábulas, habiendo vaciado tus bolsillos con gusto a cambio de cualquier excentricidad que tan buena historia de origen conlleva. Como el telescopio lunero, capaz de observar la tierra desde el astro escogiendo cualquier punto geográfico por medio de la imaginación.

Ese es el verdadero encanto de los objetos que moran en la tienda de antigüedades del perverso Mefisto: su improbable leyenda. La seducción por medio de las palabras del mercachifle envolviendo cada uno de sus tesoros.

Además del miedo que, en cada visita al afamado sótano, y debido a esa atmósfera mística junto con el comportamiento estrafalario de los objetos, te lleva a solicitar siempre la compañía del andrógino anfitrión.

No en esta ocasión. Requieres de intimidad. Porque son demasiadas las incursiones, con ciento una excusas y efectuando adquisiciones paralelas, sin atreverte a la compra de aquello que te obsesiona; mirando de reojo su halo de misterio, pues se trata del único de los tesoros sobre el que nada cuenta.

Bajas con la venia del comerciante.

Caminas decidido.

Enfrentas tu deseo.

Destapas la tela que lo cubre.

Un cuadro.

De tiempos inmemoriales.

Con tu imagen mimética.

Que te mira igual que tú la miras.

Que alarga la mano para tocarte de la misma forma que tú no puedes evitar el impulso…

Mefisto cierra la puerta del sótano. Otro nuevo habitante para ciudad-cuadro. Otra sombra del tiempo escapada.

Marie

Ari Baker

Era una muñeca antigua de aspecto común. Hecha de rosado sololoy, ojos de canica verdes (uno de ellos un tanto descolorido y con un faltante de pestañas), cabello rojo naranja percudido pero aún peinado con un par de pasadores originales a la medida, vestido de terciopelo verde botella a juego con su mirada y detalles de encajes color marfil bastante bien conservados para su edad, pues por lo menos debe haber sido manufacturada a principios del siglo 20. El único detalle que la hace peculiar y un tanto extraña es un relicario de oro de baja denominación inserto en su pecho, con por lo menos diez fotografías de distintas niñas de diferentes épocas en su interior. Aún así, se preguntarán, ¿dónde está su magia entonces? Y con tristeza y miedo les contestaré que ella misma es una maga oscura, porque todas las pequeñas que la han poseído han desaparecido poco tiempo después de haberla adquirido. Lo más misterioso y tétrico es que regresa una y otra vez a la Tienda de antigüedades del perverso Mefisto, quien con diligencia (tras volverla a encontrar en alguna de esas cajas de cartón con objetos varios que de cuando en cuando le dejan los pepenadores por unos cuantos pesos) la limpia, la peina, la desempolva y la vuelve a poner en una sillita de madera, justo al alcance de cualquier infante menor a los siete años, para que Marie, como dice el bordado plateado del cuello de su vestido, siga acrecentando su colección.

Multa paucis

Vladimir Ernesto Martínez Cruz

Mufarka había dejado atrás sus días de esplendor criminal, pero aún buscaba congraciarse con el hado. Cuando supo que en Penumbria existía una calavera capaz de contar la Última de Todas las Historias, y que había constituido el patrimonio cefálico de cierto Movrazim, alquimista diestro en develar los secretos de culturas aún por nacer, se dijo que bien podría obsequiarla a la querida del Archiduque, muy aficionada a cuentos y novelerías, y trocar así su vida delictiva por una de intrigas cortesanas.

Sus espías localizaron el objeto: acumulaba polvo en una tienda cuyo dueño, Mefisto, se negaba rotundamente a venderlo. Y allá fue Mufarka una mañana, revoleando su bastón.

Mefisto palideció al escuchar la petición del visitante; para engatusarlo, desplegó una colección de calaveras pigmeas que, al ser acariciadas con la lengua, emitían música de órgano. Mufarka, zarandeando al anciano, aulló:

«¿A qué viene este juego? ¡Busco algo más, y será mío aunque te pese! ¿Dónde…?»

La mirada temerosa de Mefisto voló hacia las sombras del fondo. Allí, en brazos de un jaquemart simiesco, estaba la reliquia que fuera Movrazim. Con una carcajada, Mufarka corrió a su encuentro y le dijo:

«Vendrás conmigo. Pero antes, cuéntame la Última de Todas las Historias».

Escuchó pasos a su espalda, pero les restó importancia: la expectación lo embargaba. Sonó un gong. El jaquemart inició su danza de mediodía al tiempo que la calavera, beatífica, susurraba:

«Para ti, es la que vives ahora».
El revólver de Mefisto puso punto final al asunto.

Pluma fuente

Karla Arroyo

Una pluma fuente llamó mi atención, parecía flotar sobre un cubo pequeño de cristal, los remanentes de lo que parecía óxido alrededor del cuerpo dejaban en evidencia su antigüedad.

—Pruébala bajo tu propio riesgo —profirió Mefisto con un atisbo de malevolencia, acentuada por unos colmillos aguzados que recién notaba.

—Una vez que la punta haga contacto con el papel, es poco probable que puedas dejar de escribir…

—…hasta que se acabe la tinta.

—¡Exacto! Requiere ser llenada con una tintura preciosa, según el valor que cada quien le otorgue. Esta pluma puede develar los grandes misterios ancestrales y su mecanismo se acciona con dos aguijones que se abrirán paso entre la piel, extrayendo lo necesario para revelar cuanto se desee. Por cierto, perderás gradualmente la voz. Una vez escritas las primeras líneas, será poco probable que puedas deshacerte de ella, pues los diminutos ganchillos que se encargan de proveerla con sangre, se incrustarán poco a poco en las falanges.

Dejé la pluma en su lugar, revisando la integridad de mis dedos.

—Mira, justo aquí tengo algunos ejemplares escritos por «gatitos curiosos», quienes ofrecieron hasta la última gota. La cuestión es que la lectura se vuelve ininteligible para cualquiera que no haya sido el autor, pues la pluma codifica un lenguaje para cada víctima… usuario, quise decir.

Uno de los acartonados libros resbaló de la pila, dejando escapar un olor rancio proveniente de una caligrafía que parecía una

maraña de insectos disecados.

—¿Lo quieres intentar?

Gotti el biloquista

Uggla Horrorwitz

Aquella vez, como tantas otras, acompañé a Mefisto al sótano, donde guardaba con recelo sus joyas más bizarras. Me había prometido el artilugio perfecto para mi venganza. Sacó un cajón de color marrón del tamaño de una caja de zapatos. Adentro estaba un muñeco ventrílocuo de madera. No tenía rostro, sólo un ovoide isométrico recién limado.

—No lo pongas nunca frente a tu rostro —me advirtió y añadió —. Recuerda que es como los miedos, siempre vuelve. Su nombre es Gotti el biloquista, toma el rostro de quien lo mira de frente y lo convierte en su parásito; puede dar voz a sus miedos más profundos, sus deseos más perversos y sus anhelos más antinaturales, provocando locura y ensimismamiento. No lo olvides, siempre vuelve.

Tomé el cajón y salí de la tienda. Caminé algunas calles, miré el reloj: ya no eran las cinco de la tarde. Me dispuse a hacer la entrega. No supe en qué momento caí al piso. El cajón cayó de mis manos, esparciendo su contenido. No pude cerrar los ojos a tiempo…

Ahora sólo veo imágenes borrosas, rostros desconocidos, paisajes sepias de ciudades decadentes… Y casi todo el tiempo veo una oscuridad de tono marrón oscuro… Estoy dentro del cajón.

Creo que ahora mi ser es parte de aquel maniquí de madera. A veces escucho mi voz encimándose con otras voces, veo mis recuerdos fusionados con los recuerdos de otros. Sólo tengo dos certezas: ahora soy parte de esa joyería bizarra y ya no puedo sentir miedo.

La voz del mar

Marcos Macías Mier

Una ráfaga salada fue lo que me llevó a clavarle los ojos. Parecía fuera de lugar a pesar de los sonidos que llegaban desde el muelle. Desconozco las diferencias fundamentales entre el coral y el hueso, entre los reflejos irisados del nácar y la superficie pálida de esa concha marina, pero no pude dejar de pensar que ésta estaba más emparentada con las tumbas que con cualquier clase de molusco.

El vendedor gozó de mi fascinación, luego comenzó a parodiar los modos de los marineros que sólo hablaban de tensar cabos y cuerdas. Sus palabras eran las mismas que uno escucharía en un barco ballenero, pero su actuación resultaba de mal gusto debido a la opulencia de sus ropas. Hablaba del objeto mientras me lo entregaba para observarlo en detalle. Parecía clamar por algo de brisa, por algo de la espuma maldita que la habría bañado por siglos.

—Puede llevarlo a su oreja. Escuchará el mar —dijo el mercader maliciosamente.

Al acercarla, la concha emitió un crisol de gritos que fueron incrustándose en mi oído. Eran palabras de mil costas, todas blancas y antiguas como las estrellas, todas dominadas por un luto salvaje y perpetuo. Cuando finalmente pude concentrarme en una de las voces, en uno solo de los mensajes de los ahogados, pude ver una sonrisa en los labios de bruja del vendedor.

«Nadie se escapa de un oscuro naufragio», fue lo que me dijo la concha marina antes de dejarla caer sobre la mesa.

Semana ocupada

Eliana Soza Martínez

LUNES

Otra arruga surcando mi piel, una mancha más oscura. Me gasté un dineral en cremas, colágeno, tratamientos y nada funciona.

MARTES

Mi mejor amiga me contó emocionada sobre una tienda en la que había de todo. Encontró un vestido perfecto, que desde su compra le hizo bajar cinco kilos y seguía. Agradecí que ese no fuera mi problema, tengo medidas perfectas. Pero tal vez podría conseguir lo que buscaba. Pedí la dirección.

MIÉRCOLES

Parecía tienda de antigüedades. Me atendió un hombre o una mujer, no pude diferenciar, hasta que alguien lo llamó Mefisto. Sin perder tiempo, le pregunté si vendía lo que buscaba. Me aseguró que sí. Enseguida trajo un pomo negro con una silueta dorada de un rostro femenino. Me dijo que me pusiera la crema de noche y vería los resultados de inmediato. Le pagué y corrí a casa. Tenía un olor singular y se sentía grasosa. De todas formas la apliqué.

JUEVES

¡Increíble! Mi piel se veía diez años más joven. Un pensamiento oscuro se me cruzó: ¿si se terminaba? Volví a la tienda con la intención de comprar todos los pomos que tuviera. Mefisto me aseguró que era el único y que si quería tener más producto, debía conseguirlo con mis propias manos para que fuera igual de efectivo.

—¿Qué es? —pregunté.

—Grasa humana —dijo.

VIERNES

Salí a la caza de víctimas, a quienes extraerles la grasa.

SÁBADO

Me fui transformando.

DOMINGO

Ahora me conocen como *Karishiri*, «La saca grasa».

Los dados de los centuriones

Krsna Sánchez

Sobre un estuche oscuro se alinean tres cubos gastados y descoloridos como molares en boca de una bestia antediluviana. Son los dados con que los guardias romanos se jugaron a la suerte las ropas de Jesús. Por más veces que sean lanzados, siempre caen dos de ellos marcando 6 y el otro 5, invariablemente. Se dice que cuando los tres caigan en 6 habrá nacido el anticristo.

Meztli Amoxtli

Jezreel Fuentes

Existen libros y códices prohibidos inventados por escritores a lo largo del tiempo, siendo mencionados en sus obras, como el *Meztli Amoxtli*.

Su empastado comparte pedazos de meteorito y rocas de los antiguos gigantes que existieron antes de Mesoamérica. Escrito por el ermitaño Tryllek Guiden hasta su desaparición, narra los eventos del inicio de los tiempos, la extinta raza de bronce y las claves para el final de los tiempos. Fue escrito bajo la luna llena con el permiso de la diosa Meztli, a quien después Tryllek no le dejaría ver los relatos finales.

Un ser mortal no puede tener acceso tan fácil al libro e información, ya que sobre las hojas debe permearse la luz de la luna llena. Sin embargo, la diosa Meztli aparecerá para arrebatarte el libro y así conocer los secretos que devela.

Según Tryllek, el ser heredero de la raza de bronce, de piel color sepia, es el único que puede finalizar la lectura y los actos descritos al final de dicho libro. Hasta hoy, dicho heredero no se ha presentado.

Lucernario

Luis González

De entre todo su modesto repertorio de bizarrías, soy el objeto de menor valor del frasco de cristal en el rincón del estante. No lo culpo, ¿cómo superaría al collar de amatista, al mortal y puntual reloj, a la sombra que habita en el cuadro y custodia la tienda, al socarrón huevo verdinegro? No puedo competir contra ellos, ni siquiera le hago sombra a los falos de trapos colgados del techo… Pues no, no puedo culpar al viejo Mefisto. Yo abandoné las cuencas de sus ojos cuando volteó la mirada y sonrió ante una pieza más misteriosa que la anterior… Mucho antes quise huir de él, pero no pude… Como aquella vez cuando de niño vio danzar las colas encendidas de las ballenas del sur y supo que seguiría con el legado familiar… Yo, el brillo y el asombro de sus ojos, dije adiós cuando el hechizo fijó la hora eterna y el tono sepia en el cielo se apoderó de Penumbria… Creí que notaría la opacidad del entorno, el vago resplandor despidiéndose de las cosas, pero no… Él ya era muy viejo para suponer qué sucedía y yo tan ciego para ver que no valía la pena… Por eso guarezco aquí, en la esquina del primer estante que vigila su espalda… Espero que un día voltee y me vea y recuerde para qué servía y qué buen equipo hacíamos, pero soy diáfano y transparente como el cristal que me contiene: para él está vacío y para mí, perdido.

El libro de la transmutación

Irving Jesús Hernández Carbajal

Así se le conoce a uno de los textos crípticos, supuestamente recuperados por Hermes Trismegisto, mítico alquimista. Escrito en asirio, algunos especialistas sugerimos que se trata de una continuación de *La tabla esmeralda*.

Creemos que quien descifra el verdadero significado de sus oscuras sentencias accede a un nivel de entendimiento que le permite convertirse en cualquier animal que desee.

La presente investigación ha rastreado algunas de sus menciones en la antigua Arcadia, en tradiciones orales que narran la transformación del rey Licaón en lobo, pero no por castigo de Zeus, como cuenta Apolodoro: aseveran que fue consecuencia de estudiarlo.

Los primeros arcadios advierten que aquél que logra hacer uso de su sabiduría se convierte tan bien en un animal que pierde la capacidad de pensar.

Se documentó la historia de otro griego, quien, convertido en paloma, su cabeza se hizo tan pequeña que olvidó que había sido un ser humano.

Los testimonios acerca de su uso fueron tan controversiales que los alquimistas lo catalogaron «recurso suicida»; por tanto, fue un texto poco popular. Sólo se recomendaba entre aquellos que habían perdido el ánimo de vivir, desdichados asediados por el demonio meridiano.

Actualmente hay reproducciones en Königsberg y Londres.

Si este informe se ha hecho público significa que el original lo posee el señor Mefisto, con quien tengo una cita hoy.

No pierdan tiempo buscándome para que les dé réplica, estaré feliz de que mis hipótesis sean finalmente comprobadas. Además, siempre me ha encantado el agua.

La daga

Josafath Peña

Aureliano se pregunta cómo es que llegó este momento: su existencia dio un giro desde que obtuvo aquella misteriosa Daga. La vida de Aureliano siempre fue monótona. Considerado por sus compañeros de trabajo como «raro», se aislaba de todo mundo y pasaba horas leyendo y soñando con un amor que lo admirara por poseer tanto conocimiento. Pero sucedía lo contrario: en su trabajo nunca era tomado en cuenta para alguna promoción por ser demasiado introvertido, hacía años que no mantenía una relación sentimental o participado en alguna convivencia social. Hace un par de semanas descubrió una daga que le pareció maravillosa, forjada en metal de doble filo, con un mango cubierto de piedra. Desde que se hizo de la daga notó cambios en su persona: se sentía atractivo, inclusive cortejado por algunas mujeres que lo habían rechazado; pero también empezó a tener sueños extraños, siempre relacionados con la daga. Una ocasión soñó que un antiguo dueño de la daga caia de un caballo, y al caer la daga se le enterraba causándole la muerte. Otra ocasión, otro dueño, al utilizar la daga para retirarse una astilla enterrada en la palma de la mano, se generaba una infección que le causaba la muerte. Y ahora él, envalentonado por el giro que había dado su vida, se había retado a una pelea de cuchillos. Batido en duelo… ¡qué romántica forma de morir! Aureliano murió y la daga regresó a la tienda de Mefisto en espera de su próximo dueño.

El almohadón

Rubén Pineda

Tras una inocua vitrina de cristal yace un almohadón tan antiguo como misterioso. Cuando una mirada incauta lo encuentra entre la jungla de artefactos, pareciera que una fuerza gravitatoria colosal le impidiera alejarse de él. Su tela es más oscura que el vacío infinito del espacio exterior y la negrura tan solo se ve interrumpida por una serie de bordados minúsculos, grabados con hilo dorado, que parecen sugerir un tipo de escritura que ningún estudioso ha podido descifrar desde su hallazgo.

En el momento en que la cabeza de alguien se posa sobre su superficie, un sueño profundo toma posesión de la persona. Se especula que algún conjuro antiguo es lo que le confiere ésta y su cualidad onírica más importante: el soñador es transportado a un día aleatorio de su existencia.

Es fascinante cómo los límites del pasado, el futuro y el presente se fusionan en este tipo de ensoñaciones. Se puede revivir el momento en que, bañado de líquido amniótico y sangre tibia, se da la primera bocanada de aire o bien experimentar una fecha del futuro con décadas de antelación: hay quienes han amasado fortunas con la información que obtienen, pero también quienes han sucumbido ante la locura tras no lograr impedir alguna tragedia que siempre había sido inevitable. El mayor inconveniente es que si por una mala jugada del azar el conjuro no produce imagen alguna, sólo oscuridad interminable, la persona no despierta jamás. Es imposible determinar lo que el almohadón te mostrará tras atraparte.

Virgen

Alma Mancilla

Y está el caso de aquella virgen que, respondiendo a las plegarias de su poseedor, concede un deseo fortuito, nunca se sabe cuál. Su dueño puede pasarse años deseando dinero, fama, belleza, y una mañana la virgen le concede la desaparición de aquella persona querida cuya muerte éste se atrevió a desear en un arranque de cólera que no terminará de lamentar. Dicen las malas lenguas que la virgen tiene preferencia por lo macabro, lo destructivo, por los deseos que se ocultan en la parte más oscura del alma; esos que, pronunciados en voz alta, llenan a quien los formula no de orgullo sino de abyección. Tallada en una sola pieza de madera del color de la ceniza, la virgen es fea, de ojos saltones y sonrisa sardónica, como sólo puede serlo una virgen así. Algunos rumoran que existe desde tiempos de la Conquista, llegada a tierras americanas en un barco de tres velas entre las posesiones de un fraile que pidió un mundo distinto y, en cambio, obtuvo muerte y dolor. Se afirma que cuando cambia de dueño de sus ojos escurren hilos de sangre que, acaso, sean sólo lágrimas de perversa felicidad. En el fondo, claro, a la virgen le gusta que le pidan cosas: esos deseos oscuros son su alimento, su sostén y su pasión. Su poder crece con ellos como crece con los años: *Pide y se te dará*, reza la inscripción grabada a sus pies. ¿Lo dudas? Prueba y verás.

El regulador de la verdad

Betzabé Cuevas Moar

Encontré la tienda de antigüedades del perverso Mefisto por casualidad. Abrí la puerta que contaba con una campanilla que alertó al dueño de mi llegada. Mefisto hizo su aparición al final de la tienda, mientras yo recorría los pasillos observando cada uno de los objetos. De pronto él me llamó, me dirigí hacia donde estaba y me pidió que lo acompañara al sótano: ahí tenía un objeto muy especial para mí.

Bajamos por unas escaleras de madera iluminadas por la luz de los candiles y oprimió el contacto que alumbró el lugar con una intensa luz: había cofres y estantes. Tomó entre sus manos un hermoso cofre dorado incrustado de zafiros. Lo abrió y comenzó a sacar diversas joyas que ponía con cuidado sobre el mostrador. «Aquí está». Era un pequeño dispositivo dorado, parecía un alineador de dientes con una mini bocina en su interior.

Me miró fijamente, sonrió y dijo: «Abre la boca, te lo voy a colocar». Así lo hice. «Anda, pruébalo». Y empezó a bombardearme de preguntas a las que, seguramente, yo hubiera contestado con algún comentario sarcástico, lo cual es mi especialidad. Sin embargo, cada palabra que salía de mi boca era completamente modificada para no lastimar el ego del escuchante. Al cabo de unos minutos de preguntas y respuestas, me desesperé tanto que me lo quité. Mefisto rió a carcajadas.

En lugar del regulador, salí de ahí con un hermoso collar de coral rosado, súper efectivo contra brujería, envidias y mal de ojo. Mefisto sabe perfectamente lo que cada cliente necesita.

Ágata musgosa

Salma Caristo

Mefisto le entregó el pedido: era un set de uñas verdosas decoradas con algo parecido a fósiles de varias plantas que reflejaban su alrededor con nitidez. Mirándolas con genuino asombro, las tomó con ambas manos, las acercó a su pecho y las llevó a casa ávidamente. Ya en su habitación, abrió la cajita transparente que contenía las largas uñas. Las instrucciones, que venían escritas en una hoja rugosa, indicaban que sólo hacía falta echarles agua tibia para colocarlas. Así lo hizo y éstas se adhirieron a sus dedos al instante.

Prometían durar por mucho tiempo y así fue: las usó varios años, luciéndolas en diversas ceremonias y eventos ostentosos, siempre resplandecientes y preciosas. Hasta que un día pensó que era hora de quitarlas, que ya habían estado consigo un periodo muy largo de su vida.

Buscó las instrucciones para hacerlo, pero lo único que decían era «no requieren mantenimiento». Desde ese momento su cuerpo empezó a teñirse de un tono grisáceo, su movilidad empezaba a decaer y su constitución adelgazaba. Hasta que una tarde dio de sí: cayó al suelo y eventualmente murió.

Pasadas unas horas, las uñas se fragmentaron: de sus bifurcaciones salieron unas finas ramas blancas donde, si se miraban con meticulosidad, se vislumbraban fluidos rojizos a través de ellas, fluidos que provenían del debilitado cuerpo del cual se habían estado alimentando.

La pluma y la tinta

Luis Manuel Hernández Servín

Llegué a Penumbria, la ciudad de la tarde eterna, después de enfrentar el empalme de los gnomos y de realizar el viaje con el barquero sombrío. Andaba en busca de un objeto único, especial. Una pluma con la que sería capaz de escribir historias fantásticas, como las que contaban acerca de Rudisbroeck. El mejor lugar para encontrar el objeto de mi deseo era en la Tienda de antigüedades del andrógino Mefisto.

Con una sonrisa siniestra como zurcida a la cara me enseñó la pluma de cisne, que era la más costosa y codiciada por los literatos; luego, la de lechuza, halcón y ganso. Todas ellas fuera de mi alcance. Después, sacó otra de pútrido plumaje y olor todavía más repugnante. Dijo que había pertenecido a Abdul el Loco, pero que yo no estaba destinado para ella y enseguida la guardó. Sacó otra de un negro gastado, de ala de cuervo. Dijo que su poseedor escribiría con desenfrenada pasión, que se rellenaría de tinta por sí sola y que su costo era apenas de quince grammas.

Me di a la tarea de escribir sin ataduras y a beber botellas de Zu. Fue estimulante ver cómo la tinta penetraba el papel hasta quedar extático. Ahora mi mente se ha tornado difusa, como envuelta por una espesa neblina de la que no puedo escapar.

Estoy poseído por este artefacto. No puedo parar este deseo irrefrenable por escribir. Algo me obliga a continuar hasta que se extinga la tinta.

El huevo que ríe

Carlos Enrique Saldívar

Mariela me rogó que entrásemos en la tienda. No pude negarme, a pesar de que el lugar me inspiraba temor. Yo la amaba, ya habíamos empezado a vivir juntos. Una vez dentro, puso su atención en un huevo de jade. El dueño, un viejo extraño, nos dijo que, si agitábamos el objeto, nos sorprenderíamos. Mi novia lo compró. Lo llevamos a casa, ella lo puso en (raro lugar para una antigüedad) la cocina, sobre el repostero. Mariela mencionó que desde ahí se veía bonito. No puse reparos: era su nueva «joya». Intuí que sería un error moverla tal como sugirió el tendero. Lo cierto es que, con el paso de los días, el huevo me maravilló. No logré advertir a qué se debía aquella fascinación. Mi pareja no estaba, había salido a comprar los ingredientes para la cena. Era mi momento: cogí aquella figura ovalada de jade, lo agité y emitió una risa que parecía provenir de las entrañas del mismo Averno. Me asusté y la dejé caer. Por fortuna, no se dañó. El perturbado fui yo, porque me hallé encerrado entre paredes que se hacían una sola, como una esfera. Di puñetazos para salir de ahí, no quería fallecer asfixiado o de hambre y sed. Me convertí en una masa gelatinosa y me desesperé. Mi cárcel se quebró desde afuera, me echaron en la sartén caliente. El dolor fue intolerable. Mientras Mariela me cocinaba hasta la muerte, el huevo de jade, intacto en su sitio, no paraba de reír.

La triada del tiempo

Rosario Sotomayor

«¿Qué has traído, Howard? ¿Será otro extraño libro?», balbuceó chirriante Mefisto.

Saqué del bolsillo un artefacto de cadena oxidada. Lo obtuve en mi última expedición, entre oscuros peñascos. Aquella noche de luna roja escuché el lejano tic monótono que entre las grietas de las rocas producía eco en el silencio. La rara brillantez del oro ante la luz roja hacía que la cubierta expuesta deslumbrará entre la penumbra de los ricos. Abrí la cubierta triangular de oro con pequeñas incrustaciones de hueso finamente colocadas que producían un efecto de caleidoscopio. Lo mecí ante Mefisto y sus ojos se tornaron amarillos.

«¡La tríada del tiempo!», exclamó ante ese extraño objeto con sólo una manecilla que se empeñaba en ir y venir a través del perímetro del triángulo. Extraños símbolos asimilaban letras y números. Partían del centro en un ciclo finito, pues al parecer había un final cercano. Mefisto tomó entre sus manos huesudas el artefacto. Abrió su cubierta y sonrió. Me dijo en breves palabras que era un reloj. Yo era su portador. La «triada» marcaba presente, pasado y futuro. En otro tiempo, dijo, permitía a su dueño viajar entre las memorias del hombre, pero que al perder una manecilla sólo marca la hora de muerte, y que el 15 de marzo de 1937 daría su último tic.

Lo miré extrañado: eso sería en cinco meses. Retrocedí unos pasos y salí de la tienda. Ahora el reloj le pertenecía, y yo estaría a salvo.

Soy vendedor de antigüedades...

Daniel Gómez Arazúa

Soy vendedor de antigüedades desde hace tres siglos. Mis clientes piensan que soy el último hijo de siete que ahora se encarga del negocio familiar o alguna historia parecida. La verdad es que soy el fundador. Me llamo Mefisto. Mis clientes me llaman el perverso Mefisto porque poseo una sonrisa oscura. Mi primera compra fue una pequeña piedra que resonaba como campana. Las siguientes dos veces sonó muy distinta. Primero, como un leve chillido de una rata hambrienta que provocó un terremoto en los siete mares e inundó dos tercios de tres continentes. Después, como un trueno seco en medio de una tarde soleada que cimbró la tierra y desató la locura y paranoia de los sobrevivientes. Algunos se metieron desde entonces en sus casas para habituarse únicamente a salir durante las noches. Curiosamente ningún cliente la había visto ni por casualidad a pesar de estar en esa vitrina frente a sus ojos. Hoy vino un cliente y la compró. Era sordo. Estoy en espera de lo que sucederá.

Deseo guardado

Raquel Hoyos Guzmán

Al verla en cuatro sobre la cama y empujada por una fuerza invisible que la embestía con violencia, Álvaro recordó la risa desquiciada del hombre de la tienda, aún más extraño que los objetos que vendía. El sujeto le recomendó aquel artilugio que concedía deseos y que él compró para Laura. La pequeña caja, regalo de aniversario, era un intento de compensar a su novia la decepción de ocho años de orgasmos que él sabía fingidos.

Bastaba con escribir una petición, meterla en la cajita y esperar a que se hiciera realidad, le había dicho el sujeto de los ojos desorbitados. Ella prometió usarla y él intentó que celebraran con una noche satisfactoria. Cuando Álvaro dormía, Laura se levantó con la frustración en la piel, metió en la caja su deseo y regresó a la cama.

Los gemidos de Laura lo despertaron de golpe. La miró retorcerse de un placer para él desconocido. No supo qué hacer y sólo se sentó en una esquina a esperar. Reaccionó hasta que un olor dulce penetró su nariz. Bajó a la cocina. Laura cantaba mientras daba vuelta a un *hotcake* en la sartén. Se acercó a ella y le preguntó si había pedido el deseo. Laura le lanzó una mirada como la del loco de la tienda y le agradeció por el mejor de los regalos.

Desde esa noche, Álvaro duerme en la sala. Aunque las paredes son frágiles, los tapones de oídos le funcionan bien.

La campanilla

Daniel Otero

Mefisto contemplaba el objeto que en incontables veces ha sido su secreta obsesión: una pequeña campanilla, parecida a la usualmente se usa para llamar a la servidumbre. El pequeño objeto cabía perfectamente en una de sus esqueléticas manos, pero siempre le gustaba sujetarla con ambas, hacerla girar entre sus dedos y poder admirar los pequeños adornos labrados en la superficie que la hacían una adquisición exquisita para cualquier coleccionista de antigüedades.

Sin embargo, no era su belleza exterior o la antigüedad de la campanilla la verdadera obsesión del excéntrico comerciante. El enigma se encontraba en el interior. Dentro de la cavidad de la campanilla se podía contemplar un símbolo, uno tan intrincado y majestuoso que siempre requirió una lente de aumento para poder estudiarlo en detalle. Su conocimiento y la experiencia de años de anticuario le dejaban claro que más que un símbolo era un sello, y uno de gran poder. ¿Cuánto poder se requiere para invocar a un Ángel de la Muerte? ¿Cuánta magia, pactos y conjuros se requieren para llamar a tan temido sirviente?

Y siempre llegaba a la misma conclusión. ¿Acaso la muerte no es el destino de todo ser mortal, ya sea un rey o un pobre campesino; acaso el ser humano no tiene el derecho de buscar la forma más fácil de sobrellevar tan acogedor destino? ¿Quién no pagaría cualquier cosa por morir bajo sus propios términos?

Mefisto lo sabe, y espera ansioso el cliente indicado.

Plata sobre gelatina

Oliver Terrones

Metal blanco martillado en frío.

La hojalata es la plata de los pobres. En Las Delicias, Chihuahua, hay un huevo de obsidiana que canta a aquellos con sangre de triceratops, comen queratina para uñas y pelo del alma.

De noche cuelga pescados de Pátzcuaro y collares de Yalagag. Susurra palabras de mujer para pensar en él, mientras Silverio golpea, esperando que con los golpes brote la belleza.

El martes es día de guerra. Hefesto martilla armas y pendientes de plata.

Los hornos esperan por ti,
esperan tus huesos
y tu calamidad en El Paraíso de bala avalancha.

En el gran baile de la plata, los espejos rosas dan tres cartas en el tarot: la rueda de la fortuna, el diablo y la estrella.

Veta de San Ignacio.

Bebe chocolate en plata azucarada y concha nácar que unta en el encaje de un vestido negro. Silverio sonríe dejando pasar la luna a una cueva; revuelta, con tunas de sol, nos da tres aguijones de abeja plateada que, como broches, muerden el seno de una anfibia laca.

La laca brilla violeta
brilla azul
y brilla gris.

Nunca se había visto gris tan verde como el que Silverio deja a sus empleados inuits. Al amanecer sostienen a un cuerpo contemporáneo que podría, o no, ser el de Guillermo. Sus

costumbres eróticas llevaban a los huesos platinados de una estética cubierta ladeando al modernismo. La cenestesia fabrica humores calientes que hacen, del amor, una cocción simple en una vasija funeraria.

Autómatas

Dirección

Miguel Antonio Lupián Soto

Selección

Mariana Esquivel
Ramón Fernandez
Ana Paula Flores
Adrián «Pok» Manero
Miguel Antonio Lupián Soto
Edna Montes
Antolín Hernández
Aglaia Berlutti

Formación y diseño

Mariano F. Wlathe

Ilustración de portada

Luis Montiel

Contacto

Penumbria.mx
revistapenumbria@gmail.com